

El tema de la muerte recibe en la Edad Media un tratamiento abundante y diverso. Observemos ahora la intensidad con que expresa Juan Ruiz un horror a la muerte que no es sino el reverso de un intenso vitalismo. Más adelante, podremos comparar con el tratamiento que el tema recibe en las famosas Coplas de Jorge Manrique (siglo XV).



te, representada por sarcásticos esqueletos, invita a su tal a personajes de toda condición. El caballero de la siglo XV.

- ¡Ay muerte! ¡Muerta seas, muerta y malandante!
 Has matado a mi vieja, ¡matárasme a mí antes!
 Enemiga del mundo, no tienes semejante;
 de tu memoria amarga no sé quien no se espante.
- 100 Muerte, al que tú golpeas, te lo llevas cruel,
 al rico como al pobre, al santo y al infiel,
 a todos los iguales al más bajo nivel,
 por papas y por reyes no das ni un cascabel. [...]
- Dejas el cuerpo yerto al gusano en la huesa¹⁰,
 105 el alma que lo puebla te la llevas de priesa,
 no está el hombre seguro de tu llegada aviesa¹¹.
 ¡Al hablar de ti, Muerte, el horror me atraviesa! [...]
- Haces al que era rico yacer en gran pobreza:
 no guarda ni una miaja de toda su riqueza;
 110 el que, vivo, era bueno y con mucha nobleza,
 vil, hediondo es muerto, despreciable vileza.
- No hay en el mundo libro ni tratado ni carta,
 hombre sabio ni necio que de ti bien departa¹²,
 en el mundo no hay cosa que de ti bien se parta,
 115 salvo el cuervo negro que de muertos se harta. [...]
- Muchos piensan ganar cuando dicen: «¡A todo!»;
 viene algún mal azar, trueca el dado a su modo;
 junta el hombre tesoros y disfruta acomodo,
 pero viene la Muerte y lo deja en el lodo. [...]
- 120 Los ojos tan hermosos, los clavas en el techo,
 en un punto los ciegas, ya no tienen provecho;
 enmudeces el habla, dejas sin aire el pecho;
 en ti está todo el mal, el odio y el despecho.
- El oír y el oler, el tocar, el gustar,
 125 todos los cinco sentidos los vienes a gastar;
 no hay nadie que te sepa del todo denostar;
 ¡cómo eres denostada por donde osas pasar! [...]
- ¡Ay mi Trotaconventos, mi leal verdadera!
 Muchos te seguían viva; muerta, yaces señera¹³.
 130 ¿Dónde te me han llevado? No sé cosa certera:
 ¡no vuelve con noticias quien anda esta carrera¹⁴!

¹⁰ huesa, fosa, tumba. ¹¹ aviesa, traicionera. ¹² departa, habla. ¹³ señera, sola. ¹⁴ carrera, camino (el que lleva a la muerte).



te del libro. En la poesía provenzal existía otro género, el de las pastorelas, que describía el encuentro entre un caballero y una pastora. La tradición castellana de las serranas, junto a la tradición mucho más refinada de las pastorelas, se unirán cien años más tarde en otro gran poeta, el Marqués de Santillana, célebre autor de varias serranillas.

He aquí el encuentro del Arcipreste con una serrana del Guadarrama, narrado en versos de arte menor:

Una mañana, pasando
el puerto de Malangosto,
asaltóme una serrana
apenas asomé el rostro.
45 «Desgraciado, ¿dónde andas,
qué buscas o qué demandas
por un puerto tan angosto?»

Le respondí a su pregunta:
«Camino hacia Sotosalbos.»
50 Dijo: «El riesgo no barruntas
al hablar así de bravo;
por esta senda escarpada
que yo tengo bien guardada,
no pasan los hombres salvos.»

55 Plantóseme en el sendero
la deforme, ruin y fea:
«No pases», dijo, «escudero;
aquí me estaré yo, ea,
hasta que algo me prometas:
60 por mucho que me arremetas
no pasarás a esa aldea.»

Díjele: «Por Dios, vaquera,
no me impidas tal jornada;
déjame hacer mi carrera;
65 para ti no traje nada.»
Ella me dijo: «Pues torna,
por Somosierra retorna:
la senda aquí está cerrada.»

Aquella Chata endiablada,
70 que Santillán⁸ la confunda,
arrojóme la cayada
y luego piedras con honda
y con su dardo pedrero.
«¡Por el Padre verdadero,
75 tú me pagas hoy la ronda!»

Nevaba allí y granizaba;
díjome la Chata luego,
con tono que amenazaba:
«¡Págame; ¡Si no, te pego!»
80 Díjele: «Por Dios, hermosa,
más querría estar al fuego.»

Dijo: «Vendrás a mi casa
y te mostraré el camino;
te encenderé fuego y brasa,
85 y te daré pan y vino.
Pero prométeme algo,
y te tendré por hidalgo.
¡Buen día para ti vino!»

Yo, con miedo y aterido,
90 le prometí una garnacha⁹
y ofrecíle un buen vestido,
un prendedor y una plancha.
Ella dijo: «Bien, amigo,
anda acá, vente conmigo,
95 no le temas ya a la escarcha.»

le de
onventos

Continúan las aventuras amorosas del protagonista, con episodios de otro tipo: por ejemplo, la batalla de don Carnal y doña Cuaresma, la cual impone un tiempo de penitencia, o el posterior desquite de don Carnal y del Amor, lo que invita al arcipreste a nuevos amoríos, con la invariable ayuda de Trotaconventos. Pero, de pronto, muere la vieja, y Juan Ruiz increpa a la Muerte en un largo poema del que seleccionaremos unas estrofas.

⁸ Santillán, San Julián, protector de los viandantes. ⁹ garnacha, una vestidura que se usaba entonces.

